

51. Como la hemorroísa del Evangelio

San Gaspar, proclamado por el Papa Juan XXIII como el más grande apóstol de la Sangre de Cristo, fue de ella también el Serafín, ya que la devoción a la Sangre Cristo, después que el Albertini se la inculcara en el alma, fue el único ideal de su vida sacerdotal y misionera, su carisma, el eje de su santidad, la pasión que lo consumió hasta el final.

En la meditación y en el sufrimiento, supo muy bien cómo asimilar los dolores del Redentor hasta inculcar en su alma las cálidas chispas de aquel fuego nuevo, con el que Jesús había venido a incendiar el mundo, y sentirse empujado a no guardarlo celosamente para sí tal riqueza inagotable, sino más bien a gastar toda la vida para las almas perdidas y traerlas de vuelta a aquel Corazón traspasado.

Supo reproducir de una manera maravillosa el fervor apostólico del divino Maestro y su afán de búsqueda de las ovejas perdidas. No podía encontrar la paz al saber que tantas almas, que costaban toda la Sangre del Redentor, ¡anduvieran perdidas! En realidad no es tan exagerada la expresión de un antiguo biógrafo: *"Gaspar fue un gigante del Amor Divino; amaba a Dios tal como lo ama un Serafín, y cada dolor humano se hacía eco en su corazón"*. Sabemos de hecho que, desde niño recorría a diario los pasillos de los hospitales romanos, y cuando clérigo recuperó el hospicio de Santa Galla, donde reunía discapacitados, sarnosos, ancianos enfermo. Luego en las Misiones, en primer lugar acudía a las cárceles, a hospitales, a la cabecera de los enfermos en sus casas. Al igual que Jesús, que llevaba su luz a las almas y sanaba cuerpos, los milagreados prorrumpían siempre en el mismo grito: *"¡Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios!"* También Gaspar instaba a los enfermos en tener fe y orar.

No pocas veces el Señor permitió que, por el toque de su mano, a una bendición suya, se produjera el milagro.

En abril de 1824 lo encontramos en Veroli, bella y populosa ciudadela de Ciociaria, llevando a cabo una Misión. Con él estaba el Merlini, quien con sobria y magistral pincelada nos describe lo que sucedió. *"Mientras que el Canónigo del Búfalo predica en la plaza, ya que la iglesia no pueden contener la multitud desbordante, el*

alrededor de la catedral está lleno de gente. En todos los balcones pueden verse grupos de personas de todos los estratos sociales. Hay gente mirando por las ventanas, incluso los techos están ocupados. La gente acude en masa incluso para acompañar la Comunión de los enfermos, a la procesión de penitencia, a la bendición del campo. Las conversiones no se cuentan, los sicarios entregan las armas, en la plaza se queman libros y grabados obscenos, los bandidos en la noche vienen a entregar sus cuchillos".

En Veroli, hace tiempo, Antonia Calvani sufre continuas hemorragias, sin que alguna cura valga para detenerlas. ¡Ya no logra ponerse de pie! *"¡Ojalá pudiera yo también acercarme a él para pedirle que me sane!"* La llevan a la plaza, la aproximan al escenario, sobre el cual está por subir Gaspar. Ella lo mira como absorta en éxtasis, olvida todo, incluso su mal. ¿Se habrá cruzado la mirada del santo Misionero con la mirada en lágrimas de la mujer enferma? ¿Habrá él, por aquel arcano don sobrenatural que le hace penetrar mentes y corazones, leído el afán interior que remece la mujer? ¿Habrá llegado a él ya su tácita súplica?

¡Pero ya va bajando! La multitud de inmediato lo amontona, quiere hablarle, al menos tocarlo. Incluso la enferma se levanta por instinto, sin tener en cuenta de su debilidad que la hace tambalear, arrastrada, casi abrumada por la multitud. Extiende los brazos: *"¡Padre Gaspar! ¡Padre Gaspar! ¡Espere, tenga piedad de mí!"*

Ella sólo logra tocar su túnica con una mano, pero ya la ola de la muchedumbre la hace alejar de nuevo. Un fuego parece invadirla por todo el cuerpo, ¡y de repente advierte un vigor nunca antes probado!

Ella se encuentra extrañamente apoyada en el escenario. Vuelven a su mente las palabras del Evangelio: *"Una mujer sufría de flujo de sangre..."*. Sí, ella es la nueva hemorroísa sanada al tocar la túnica de Jesús. ¡Porque ha sido propio Él, Jesús, presentes en el semblante del gran apóstol de su Sangre, a sanarla!